

Ilustraciones de Isabel Gómez



Odonir y los ratones

Mercedes Gómez Benet



 Norma

Odonir y los ratones

D.R. © 2013, Mercedes Gómez Benet
D.R. © 2013, Carvajal Educación, S.A. de C.V.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

Primera edición: octubre 2013
Tercera reimpresión, junio de 2017

Dirección Editorial: Lorenza Estandía González Luna
Edición: Aline Hermida Cortés
Diagramación: Alfonso Reyes G.
Ilustraciones: Isabel Gómez

ISBN: 978-607-722-133-3

Odonir y los ratones

Mercedes Gómez Benet

Ilustraciones de Isabel Gómez

 **Norma**

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile

Para mis hijas Lucía, Elena, Nuria e Inés.

Para mis nietos Nicolás y Lorenza.



No lo digo a la ligera: el maestro Jabaliovski era tan perverso que si no había dormido catorce horas, tomado sus catorce botellas de coñac (de ésas chiquitas que se robaba en los aviones), y fastidiado a catorce personas, se desquitaba cada mañana alrededor de las diez. Y generalmente lo hacía con el pobre de Odonir.

Cuando al fin apareció Odonir al mes siguiente, pálido y debilucho, nos enteramos de que en realidad se había enfermado del hígado y de que los corajes lo habían imposibilitado para ensayar.



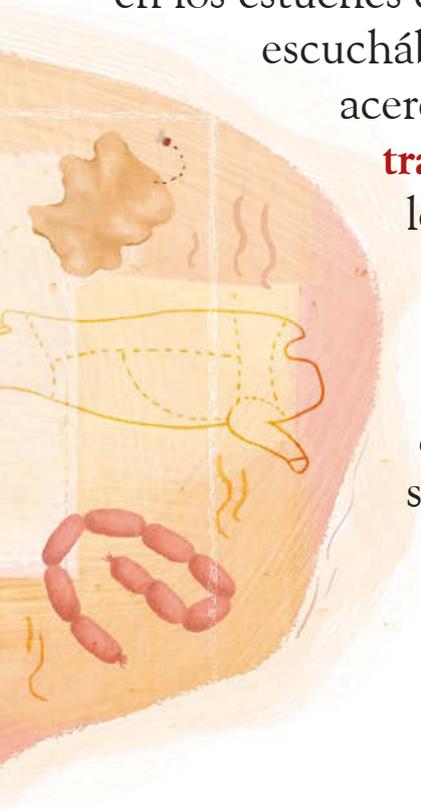
Cada día, antes de que pisara el foro, sabíamos si nuestro director había pasado buena noche o no. Si el descanso le había sido favorable, olía diferente: como a jabón finlandés. Cuando no, olía más bien a chicharrón rancio.



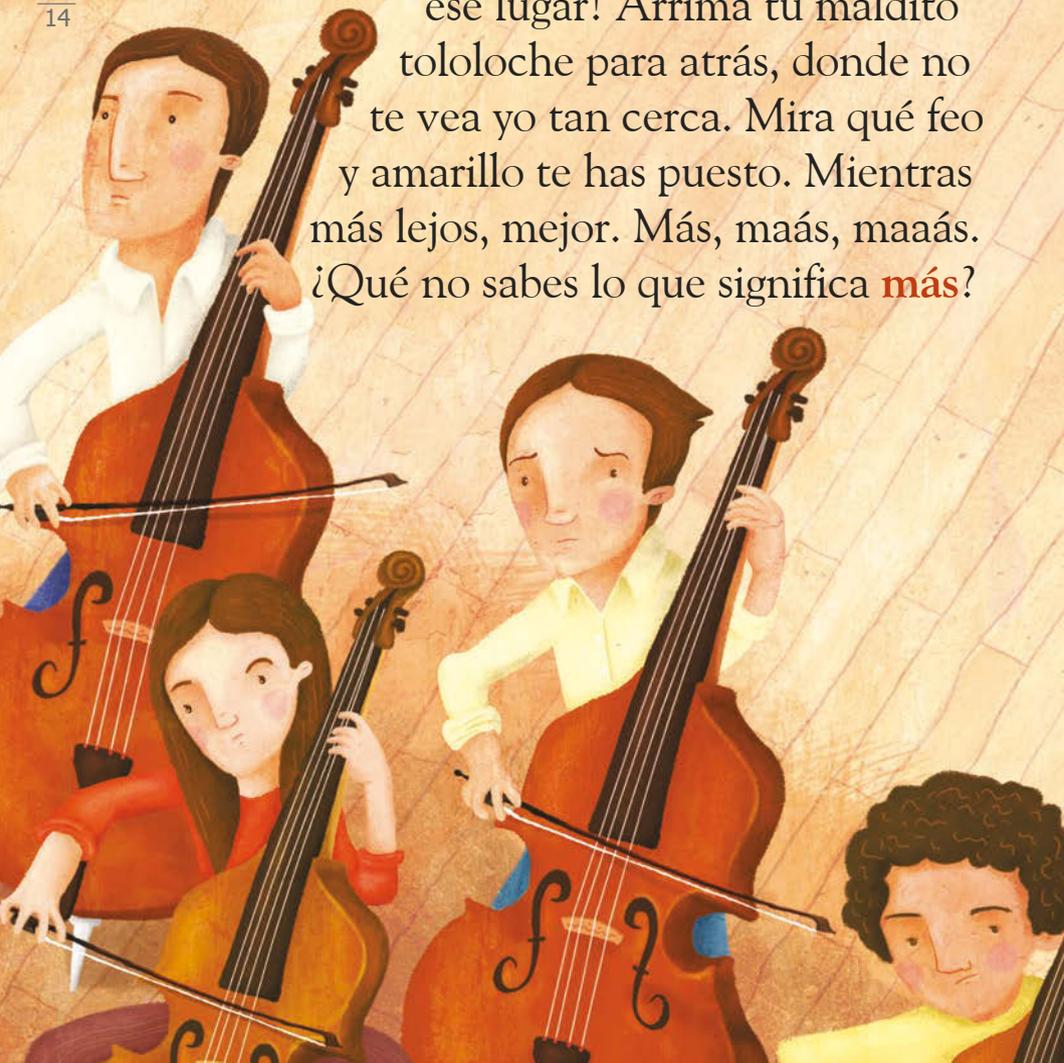


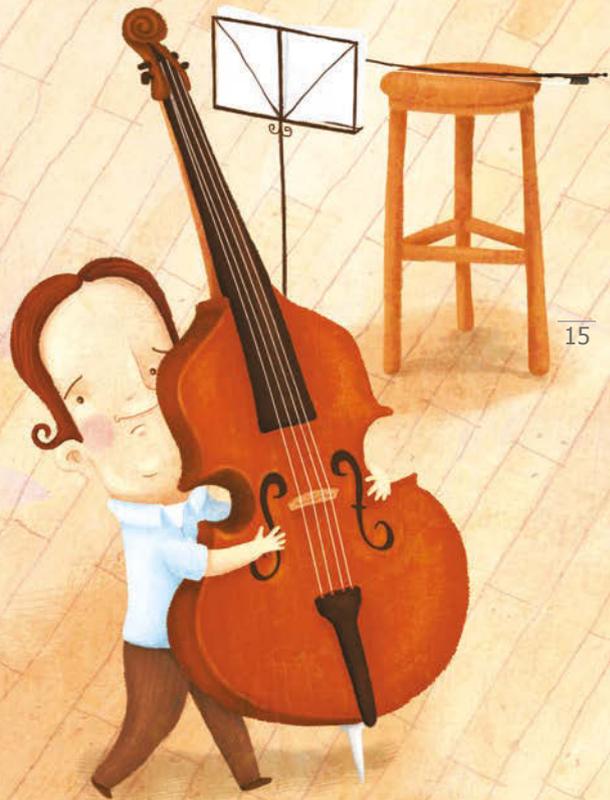
Con ese aroma que lo acompañaba desde el estacionamiento del teatro, lo seguía por los pasillos de los camerinos y desembocaba en los estuches de los instrumentos, escuchábamos sus temibles pasos

acercarse: **trrras-tras, trrras-tras, trrras-tras**. Llegaba con los pelos parados al podio, y en compás de dos cuartos. El anuncio de su aparición eran tres golpes de octavos *allegro* con la batuta sobre su atril: **tric, tric, trac**.



—Banda de haraganes: a ensayar se ha dicho. ¡Odonir! —rugía con fiereza—. ¡Te dije bien clarito la semana pasada que no te quería ver en ese lugar! Arrima tu maldito tololoche para atrás, donde no te vea yo tan cerca. Mira qué feo y amarillo te has puesto. Mientras más lejos, mejor. Más, maás, maaás. ¡Qué no sabes lo que significa **más**?





Odonir, que no sólo tocaba con maestría, sino que además cargaba el pesado contrabajo como si se tratara de un violín, se movió hasta quedar en un extremo de la orquesta.

—Ahí quédate, chaparro infeliz. No te quiero ver. Entiéndelo de una buena vez, migaja miserable.